

# “VIVIENDA MINIMA” – OBRA MAXIMA

IGNACIO MARTIN-BARO

El primero de septiembre de 1968, una correntada del río Acelhuate arrasaba las “champas” de treinta familias pobres de San Salvador. El hecho no representaba ninguna novedad y, en el panorama habitacional de El Salvador, constituía una cifra estadísticamente despreciable —no creo yo que podamos decir insignificante—. Con el fondo de un déficit de viviendas que los más optimistas estiman superior a las trescientas mil unidades, el que treinta familias perdieran su miserable champa no iba a movilizar la pesada burocracia de organismos anquilosados. Irónicamente, hasta habría que agradecer a la naturaleza que se hubiera encargado de “limpiar” esas sucias construcciones que, según algún periodista de eso que se llama la prensa seria, tanto afean la ciudad capital.

Sin embargo, el hecho movilizó el espíritu y el esfuerzo de un grupo de personas particulares. Había que dar una respuesta pronta y eficaz a la nueva desgracia de quienes ya socialmente se encontraban sumidos en la miseria y el abandono. De esa respuesta y de ese compromiso nació la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. Hoy, esas treinta familias disponen de una vivienda, sencilla pero digna, en lo que, simbólicamente, se dio en llamar “Plan Piloto”.

De entonces acá, han transcurrido diez años. De treinta viviendas, la FUNDASAL ha pasado a un promedio anual de dos mil quinientas unidades habitacionales, ha promovido trece cooperativas populares, y se encuentra embarcada en amplios programas de educación y promoción popular que constituyen un precioso modelo, continuamente alabado por el Banco Mundial y por los organismos nacionales e internacionales más diversos.

Mal entenderíamos el espíritu de la FUNDASAL si pretendiéramos que su éxito es simplemente admirable. El éxito de la FUNDASAL es, primero y sobre todo, un ejemplo del que aprender y un modelo al que imitar. Tres factores, me parece a mí, explican el éxito de la FUNDASAL: la fuerza de sus ideales, su capacidad de aprender y su confianza en el pueblo.

Ante todo, la fuerza de sus ideales. Nadie que haya entrado alguna vez en contacto con la FUNDASAL puede menos de sentir que ahí hay vivienda, que una sangre ilusionada y dinámica recorre a todos y cada uno de sus miembros. Sangre bombeada continuamente desde el corazón mismo de la institución, pero que se alimenta y fortalece en el contacto cotidiano con el pueblo humilde —centro de atención primordial—. Frente a la miopía liberal de quienes piensan que sólo el lucro individualista es capaz de motivar la acción humana, la FUNDASAL prueba con hechos que los ideales de solidaridad y de justicia son capaces de movilizar la energía y la entrega de muchos hombres y mujeres.

En segundo lugar, la capacidad de aprender. En sus propios términos, “la Fundación nació desde abajo: el aprendizaje se hizo en la práctica; las personas que trabajan en ella creen que todavía hay mucho que aprender y nuevos modelos que investigar”. Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. La inflexibilidad estructural, el elitismo docente, el activismo superficial, el trasplante acrítico de esquemas prefabricados, todos estos son errores que la FUNDASAL ha enfrentado con humildad y valentía, en el camino de una continua búsqueda de modelos nuevos y adecuados. No se trata de importar las últimas técnicas;



se trata de buscar aquellas técnicas que se adapten a las propias necesidades y problemas.

Finalmente, la confianza en el pueblo. En nombre de la democracia, se manipula e ignora al pueblo salvadoreño; en nombre de la libertad, se lo constriñe y acorrala; en nombre del orden, se lo calla y reprime. Dicen que el pueblo no está preparado; dicen que es egoísta y dado al vicio; dicen que es irresponsable. Frente a todos estos mitos interesados, la FUNDASAL ha puesto su confianza en el pueblo humilde. Su objetivo no ha sido simplemente servir al pueblo; su trabajo, más bien, se ha cifrado en el pueblo, con él y desde él, como sujeto real de

su propio proceso de crecimiento. Frente a la propaganda mentirosa del "para" asistencialista, los hechos contundentes de lo que el pueblo es capaz de hacer por sí mismo.

Dicen que la FUNDASAL es un ejemplo de lo que puede hacer la empresa privada por instaurar la justicia social en El Salvador. Quizás así sea. Pero, de una manera mucho más profunda, la FUNDASAL es un ejemplo de lo que el pueblo salvadoreño organizado es capaz de realizar. Toda una lección de eficacia, creatividad y honestidad, sin necesidad de lucros leoninos, de lujos insultantes, o de ametralladoras para mantener el orden y la paz.